

Estudios Sociales
Vol. XXIX, Número 106
Octubre-Diciembre 1996

LA HISTORIA, TAREA DE SIEMPRE

*"Sólo el conocimiento del pasado nos da
la pauta para medir la velocidad y la fuerza
del movimiento dentro del cual vivimos"*
Jacob Burckhardt.¹

A veces la vida nacional se asemeja al caos y la arbitrariedad del tránsito vehicular: lo único que parece importar es atravesar la próxima esquina y proseguir ilesos del otro lado de la encrucijada peligrosa sin cuidarse del cómo ni del cuándo, ni de dónde venimos ni hacia dónde vamos. Una sociedad así no parece necesitar la historia, ni la propia ni la ajena.

A todos los niveles sociales se vive un tiránico inmediateísmo. Las maromas del Lunes a Domingo podrán ser distintas en los estratos sociales, una minoría luchará con el tráfico de los Viernes para cruzar el infecto Ozama y dejar atrás la capital rumbo a La Romana, o se maldecirá al intruso y cruel apagón capaz de estropear una de las primeras actividades globales en la historia de la humanidad: el deporte; pero esta realidad tropical necesita reflexionar históricamente para vencer el inmediateísmo .

Las personas que no saben leer, para conocer el pasado, dependen de sus recuerdos y de los medios de comunicación. Fuera de unos videos nacionales, gloriosas excepciones, nuestro pasado apenas se asoma a la pantalla chica. En la radio se proclaman con voz engolada

¹ Reflexiones sobre la historia universal (México: Fondo de Cultura Económica, 1993), 1ra ed., alemana, 1905.

ESTUDIOS SOCIALES 106

las efemérides una detrás de otra, como si fueran un horóscopo para ese día. No falta quien se esfuerce por comunicarle a los radio-escuchas el sentido de lo que se conmemora. Tres de cada cuatro dominicanos dicen que pueden leer, pero los que leen son una minoría, y los que leen historia una élite. Los comentarios inteligentes de las discusiones televisivas despiertan el interés por el pasado; periódicos y revistas presentan los valiosos esfuerzos de exploradores solitarios por tierras de Clío, pero el estudio de la historia tiene pocos dolientes.

Todavía muchos educadores conciben la historia como una materia que hay que memorizar. Los maestros esperan de sus estudiantes que memoricen y repitan. Algunos nos hemos embarcado en la tarea titánica de querer verlo todo, y nuestros pacientes, digo estudiantes, acaban agotados, con la impresión de haber visto todos los números de un circo al mismo tiempo. El futuro no se presenta mejor: muchos talentos del magisterio nacional han abandonado la profesión buscando remuneraciones más congruas a su preparación. ¿En qué manos caerá la enseñanza de la historia? En la última década han cerrado varias escuelas de educación.

Si la historia se redujera a memorizar, con un poco de buena voluntad cualquiera pudiera enseñarla. Pero la enseñanza de la historia, disciplina con primos y primas carnales en las humanidades y las ciencias sociales, pretende "comunicarle al estudiante las metodologías requeridas para poder conocer desde adentro cómo funcionan los pueblos y las sociedades". Así lo ha repetido recientemente Peter Stearns.² Con un juego de palabras en inglés, *meaning over memory* (sentido más que memoria), Stearns insiste en que no ganamos nada victimizando a los estudiantes, reduciéndolos a espectadores pasivos de una interminable procesión de períodos históricos. Tradicionalmente la historia, "sobrecarga la memoria, aplastándola innecesariamente con fechas, nombres de héroes y con las vidas y los portentos de los notables" (Fernand Braudel).

La enseñanza de la historia debe suscitar un pensamiento crítico capaz de cuestionar lúcidamente las perspectivas inmediatistas del presente tan fugaz como tiránico y los prejuicios de nuestras sociedades. La historia debe permitirnos a todos, como lo afirmó Fernand Braudel,

² *Meaning over memory. Recasting the teaching of culture and history* (Chapell Hill: The University of North Carolina Press, 1993).

LA HISTORIA, LA TAREA DE SIEMPRE...

leer inteligentemente el periódico.³ Sin duda que es necesario apropiarnos de un mínimo de información fundamental, de datos y conceptos claves que nos permitan expresarnos con propiedad. Pero no podemos olvidar que lo mejor de la enseñanza de la historia se juega: en familiarizar a los estudiantes con las fuentes más importantes de evidencia y los criterios más sanos para su evaluación y selección; en capacitarnos para elaborar preguntas significativas, comparaciones iluminadoras. Hay un mínimo a cubrir, pero no es menos importante, enseñar a descubrir, relacionar, establecer un hilo conductor a lo largo de períodos inmensos de tiempo, analizar los factores de los grandes cambios y transformaciones, participar sin complejos en las conversaciones multidisciplinares, revisar lo investigado a la luz de nuevas preguntas.

Historiar es reconocer humildemente que nadie recuerda sin interpretar. Hacer historia es someterse a las metodologías que nos permiten interpretar el presente y el pasado cada vez con mayor propiedad y objetividad. "Cada vez", pues perdura en plena vigencia la valiosa intuición de un grupo de profesores españoles "...el conocimiento histórico consiste en una serie de aproximaciones sucesivas a una realidad sumamente compleja, la realidad histórica".⁴

Estudios Sociales No. 56 (abril-junio, 1984) insistía en que la historia viene de un verbo griego *historein* que significa investigar, indagar. ¿Contamos con los maestros capacitados para enseñar y entusiasmar a la juventud con la investigación? ¿Miramos todavía las bibliotecas como un lujo? Exigiendo la memorización de un texto, en los lugares en que existen, ¿estamos forjando esa juventud de pensamiento independiente, capaz de criticar responsablemente presupuestos desfasados, de reconocer nuestros verdaderos aliados y socios, de entrever alternativas y elaborar propuestas atrevidas y realistas?

Peter N. Stearns en el capítulo titulado "La educación: misión central de las humanidades" de la obra mencionada anteriormente,

³ **Le monde actuel, histoire y civilisation**, 1963, ver **Grammaire de Civilisations**, 1987. Aquí hemos usado la edición inglesa, **A History of Civilizations** (NY: Penguin Books, 1993), xxxiii.

⁴ Antonio Fernández y otros, **Historia de las civilizaciones y del arte. Occidente** (Barcelona: Editorial Vicen-Vives, 1992, 5ta edición), iv.

señalaba, entre otras, estas tareas y desafíos que también se aplican a los docentes de historia, y que comentamos libremente. Primero, hay que atreverse a escoger y proponer a los estudiantes las investigaciones más formativas, para lo cual es necesario omitir muchos aspectos y contenidos resueltamente, sin sentimientos de culpa. Probablemente nada perjudique tanto al conocimiento histórico como el atiborrar a los estudiantes con una montaña de datos inconexos. Necesitamos persuadirnos de que a los análisis más profundos sólo se accede gracias al interés apasionado, duradero y personal. Las indigestiones son contrarias a la sana asimilación y al crecimiento.

Segundo, necesitamos exponer nuestros presupuestos para que puedan ser criticados y para cerciorarnos de su idoneidad a la hora de explicar los procesos estudiados.

Tercero, nos hace falta identificar las preguntas claves, las que permiten organizar evidencias múltiples, las que revelan los factores configuradores de las sociedades en el tiempo. Y no menos, necesitamos individualizar y organizar las destrezas claves del quehacer histórico, entre las que podemos señalar siempre según Stearns: la capacidad de cuestionar y relacionar cualquier evidencia, la de cotejar evidencias encontradas sin desesperar ni caer en fáciles relativismos, la de organizar los datos y no simplemente coleccionarlos, la capacidad de evaluar los cambios históricos y sopesar sus consecuencias, la de evaluar el impacto de los factores culturales en la formación de las colectividades y en la conducta de los pueblos. Y finalmente, la capacidad de comparar las culturas y las sociedades en orden a comprenderlas mejor.

Este número de **Estudios Sociales** se coloca entre los que quieren meterle el hombro a esta tarea inmensa. Frank Moya Pons en su artículo, "La Historia: teoría y método", parte de un hecho sencillo: «las sociedades son el campo de estudio de la historia". Luego va elaborando los elementos de una teoría de la dinámica social, con ella "el historiador puede enfrentar el pasado con la intención de explicarlo coherentemente y de la manera más aproximada posible". Al reconocer que toda reconstrucción histórica implica "una percepción incompleta del pasado", Moya Pons reafirma la razón de ser de este número: ofrecer una oportunidad a varios investigadores para retomar algunos de los hilos de sus investigaciones y reexaminarlos con la nueva perspectiva de los años. Moya ha retomado unos pensamientos escritos hace veinte

LA HISTORIA, LA TAREA DE SIEMPRE...

años en los cuales encontramos parcialmente muchos de los presupuestos que han guiado su quehacer histórico.

Roberto Cassá en "Reescritura veinte años después" expone las implicaciones metodológicas que deben estar presentes a la hora de revisar un texto como su **Historia social y económica de la República Dominicana** (Vols 1 y 2). A pesar de que el aparato público cuenta con los medios para hacer prevalecer su versión del pasado, ningún relato está cerrado sobre sí mismo, por tanto se da una competencia de relatos y de interpretaciones. La elaboración de la **Historia Social y económica de la República Dominicana** ocurrió en un determinado contexto con sus propios presupuestos. Este contexto ha cambiado y con él la función del libro de texto de historia. Cassá expone las características de las nuevas síntesis históricas, entre las cuales se destacan: el resituar el peso de lo económico, el "ampliar el espectro de los componentes de la totalidad histórica" y la necesidad de incorporar componentes de la cultura. Cassá concluye anunciando los recursos que el nuevo texto revisado empleará para fomentar las aptitudes de razonamiento y de crítica en los estudiantes. Marcio Veloz Maggiolo analiza en su artículo "Saber sobre nuestra historia antigua", el uso de la expresión "cultura taína" al hablar del aborigen "de cualquier cultura precolombina en el área antillana". Esa forma de hablar es considerada por Veloz Maggiolo como "un errático sentido de generalización" que no se ajusta a la diversidad de las culturas antillanas, presente desde el origen y los primeros desarrollos de estos grupos humanos hasta "la primera invasión europea comandada por Cristóbal Colón".

Raymundo González con su estudio "Ideología y mundo rural: 'civilización y barbarie' revisitados" recorre los dos problemas que le han servido de ejes temáticos para un buen número de sus investigaciones: de una parte, la relación ideología y sociedad, insistiendo en el papel del campesinado en los proyectos de construcción nacional dominicanos en el siglo XIX y XX, y por otra, un tópico descuidado a la hora de investigar las sociedades campesinas, aquellas que fueron integradas por afrodominicanos, distintas de las conformadas en el Cibao y dedicadas al cultivo del tabaco. Al abordar ambos problemas, el acucioso investigador del Museo de las Casas Reales, Raymundo González ha encontrado en Pedro Francisco Bonó un guía para

ESTUDIOS SOCIALES 106

adentrarse en la tarea. El artículo cierra con unas sugerentes reflexiones sobre "civilización y barbarie" expresión de un maniqueísmo que no hemos conjurado aún y que subyace vivo y coleando en las profundidades de nuestra cultura política.

Desde la Universidad de Puerto Rico, el historiador Pedro L. San Miguel viene a darle la mano a todo el que quiera incursionar en "El pasado relegado: una mirada a la historia agraria dominicana". Asumiendo el riesgo de los olvidos tan injustos como involuntarios, San Miguel va refiriendo aquellas obras que le sirvieron para iniciarse en el tema y las que le brindaron aportes significativos durante su proceso de aprendizaje. San Miguel empieza diciendo que apenas aspira a "trazar el itinerario" de su interés por la historia agraria dominicana, pero el artículo, apoyado en los esfuerzos de tantos investigadores, es, sin lugar a dudas, una penetrante introducción al tema la cual termina apuntando a dos de las características de los estudios futuros: su naturaleza interdisciplinar y el reconocimiento de una mayor relevancia a los factores ideológicos, culturales y políticos.

Mu Kien Adriana Sang Ben pondera y revisa críticamente su trayectoria como historiadora en su artículo "Mi siglo XIX: 15 años después" para ofrecer una serie de consideraciones sobre el proceso decimonónico en Latino América y República Dominicana. La profesora Sang Ben apunta a los factores que explican por qué el siglo XIX dominicano estuviese dominado por las fuerzas conservadoras: el fracaso del proyecto liberal, tanto en América Latina como en República Dominicana, donde, a su juicio, los liberales "no pudieron llevar a cabo ningún movimiento político de importancia sin contar con alianzas de los conservadores".

José Luis Sáez, s.j. relea la historia eclesiástica dominicana y señala varios rasgos distintivos.

Con este número 106, **Estudios Sociales** cierra el 1996 y 29 años de labores. Gracias de nuevo a quienes nos siguen apoyando con sus reflexiones, contribuciones y aportes críticos, con su lectura meditada y su amistad.